

que le certificase como era la Madre de Jesucristo la que lo enviaba y la siempre Virgen María.”

78. “Oyóle con mayor atencion el Señor Obispo y empezó á moverse á darle crédito, y para certificarse mas del hecho, le hizo diversas preguntas y repreguntas acerca de lo que afirmaba, amonestándole que viese muy bien lo que decia, y acerca de las señas que tenia la Señora que lo enviaba; y aunque por ellas reconoció que no podia ser sueño ni ficcion del indio, para asegurar mejor la certidumbre de este negocio, y que no pareciese liviandad el dar crédito á la relacion sencilla de un indio plebeyo y cándido, le dijo: “que no era bastante lo que le habia dicho para poner luego por obra lo que pretendia; y que así le dijese á la Señora que lo enviaba, le diese algunas señas, de donde coligiase que era la Madre de Dios la que lo enviaba, y que era voluntad suya que se le labrase templo.” Respondió el indio: “que viese cual seña queria para que la pidiese.”

79. “Habiendo hecho reparo el Señor Obispo que no habia puesto excusa en pedir la señal el indio, ni dudado en ello, ántes sin turbacion alguna habia dicho que escogiese la señal que le pareciese, llamó á dos personas, las de mas confianza de su familia, y hablándoles en la lengua castellana que no entendia el indio, les mandó que lo reconociesen muy bien, y que se aprestasen luego que lo despidiese, para ir en su seguimiento, y que sin perderlo de vista y sin que él sospechase que lo seguian, con cuidado fuesen en pos de él hasta el lugar que habia señalado, y en que afirmaba haber visto á la Virgen María, y que advirtiesen con quien hablaba, y le trajesen razon de todo cuanto viesen y entendiesen: hízose así conforme al orden

del Señor Obispo. Despedido el indio de la presencia de su Señoría, salieron los criados en su seguimiento, sin que lo advirtiese, llevándole siempre á los ojos. Luego que Juan Diego llegó á una puente por donde se pasaba el rio que por aquella parte, y casi al pié del cerrillo desagua en la laguna, que tiene aquesta ciudad al Oriente, desapareció el indio de la vista de los criados que lo seguian; y aunque lo buscaron con toda diligencia, habiendo registrado el cerrillo por una y otra parte, no lo hallaron; yteniéndolo por embaucador y mentiroso ó hechicero, se volvieron despechados con él; y habiendo informado de todo al Señor Obispo, le pidieron que no le diese crédito y que le castigase por el embeleco, si volviese.”

80. “Luego que Juan [que iba por delante á una vista de los criados del Señor Obispo] llegó á la cumbre del cerrillo, halló en él á María Santísima, que le aguardaba por segunda vez con la respuesta de su mensaje. Humillado el indio en su presencia, le dijo “como en cumplimiento de su mandato habia vuelto al palacio del Obispo, y le habia dado su mensaje; y que despues de varias preguntas y repreguntas que le habia hecho, le dijo no era bastante su simple relacion para tomar resolucion en un negocio tan grave, y que te pidiese, Señora, una señal cierta por la cual conociese que me enviabas tú, y que era voluntad tuya que se te edificase templo en este sitio.”

81. “Agradecióle María Santísima el cuidado y diligencia con palabras cariñosas; y mandóle que volviese el dia siguiente al mismo paraje, y que allí le daria la señal cierta con que el Obispo le diese crédito; y despidióse el indio cortesmente, prometida la obediencia.”

82. «Pasó el día siguiente lunes 11 de Diciembre, sin que Juan Diego pudiese volver á poner en ejecucion lo que se le habia ordenado, porque cuando llegó á su pueblo halló enfermo á un tio suyo llamado Juan Bernardino, á quien amaba entrañablemente y tenia en lugar de padre, de un accidente grave y con una fiebre maligna que los naturales llamaban cocolixtli; y compadecido de él, ocupó la mayor parte del día en ir en busca de un médico de los suyos, para que le aplicase algun remedio; y habiéndole conducido á donde estaba el enfermo se le agravó la enfermedad al doliente; y sintiéndose fatigado aquella noche, le rogó á su sobrino que tomase la madrugada antes que amaneciese, y fuese al convento de Santiago Tlaltelolco á llamar á uno de los religiosos de él, para que le administrase los Santos Sacramentos de la Penitencia y Extrema-uncion, porque juzgaba que su enfermedad era mortal. Cogió Juan Diego la madrugada del día martes 12 de Diciembre caminando á toda diligencia á llamar uno de los sacerdotes, y volver en su compañía; y así como comenzó á esclarecer el día, habiendo llegado al sitio por donde habia de subir á la cumbre del montecillo por la parte del Oriente, le vino á la memoria el no haber vuelto el día antecedente á obedecer el mandato de la Virgen María, como habia prometido; y le pareció que si llegaba al lugar en que la habia visto, habia de reprenderlo por no haber vuelto, como le habia ordenado; y juzgando en su candidez, que cogiendo otra vereda, que seguía por lo bajo y falda del montecillo, no le vería ni detendría; y porque requería prisa el negocio á que iba, y que desembarazado de este cuidado podría volver á pedir la señal que habia de llevarle al Señor Obispo:

hízolo así; y habiendo pasado el paraje donde mana una fuentecilla de agua aluminosa, ya que iba á volver, la falda del cerro, le salió al encuentro María Santísima.»

83. «Vióla el indio bajar de la cumbre del cerro para salirle al encuentro, rodeada de una nube blanca, y con la claridad que la vió la vez primera, y díjole. «¿A donde vas, hijo mio, y qué camino es el que has seguido?» Quedó el indio confuso, temeroso y avergonzado; y respondió con turbacion postrado de rodillas: «Niña mia muy amada y Señora mia, Dios te guarde. ¿Cómo has amanecido? ¿estás con salud? No tomes disgusto de lo que dijere. Sabe dueño mio, que está enfermo de riesgo un siervo tuyo y mi tio, de un accidente grave y mortal; y porque se ve muy fatigado, voy de prisa al templo de Tlaltelolco en la ciudad á llamar un sacerdote que venga á confesarle y olearle; que en fin nacimos todos sujetos á la muerte; y despues de haber hecho esta diligencia, volveré por este lugar á obedecer tu mandato. Perdóname te ruego, Señora mia, y ten un poco de sufrimiento, que no me excuso de hacer lo que has mandado á este siervo tuyo, ni es disculpa fingida la que te doy; que mañana volveré sin falta. «Oyó María Santísima con semblante apacible la disculpa del indio, y le dijo de esta suerte.» Oye hijo mio, lo que te digo ahora: no te moleste ni aflija cosa alguna, ni temas enfermedad ni otro accidente penoso, ni dolor. ¿No estoy aquí yo que soy tu madre? ¿No estás debajo de mi sombra y amparo? ¿No soy yo vida y salud? ¿No estás en mi regazo y corres por mi cuenta? ¿Tienes necesidad de otra cosa? No tengas pena ni cuidado alguno de la enfermedad de tu tio, que no ha de morir de ese

achaque; y ten por cierto que ya está sano.» [y fué así segun se supo despues, como se dirá adelante.] Así que oyó Juan Diego estas razones quedó tan consolado y satisfecho, que dijo: «Pues enviame Señora mia, á ver á el Obispo, y dame la señal que me dijiste para que me dé crédito.» Díjole María Santísima: «Sube hijo mio muy querido y tierno, á la cumbre del cerro en que me has visto y hablado, y corta las rosas que hallares allí, y recógelas en el regazo de tu capa, y traelas á mi presencia, y te diré lo que has de hacer y decir.» Obedeció el indio sin replicar, no obstante que sabia de cierto que no habia flores en aquel lugar, por ser todo peñascos, y que no producía cosa alguna. Llegó á la cumbre, donde halló un hermoso vergel de rosas de castilla, frescas, olorosas y con rocío; y poniéndose la manta ó Tilma como acostumbran los naturales, cortó cuantas rosas pudo abarcar en el regazo de ella; y llevólas á presencia de la Virgen María que le aguardó al pié de un árbol que llaman Quazahuatl los indios, que es lo mismo que árbol de telas de araña ó árbol ayuno, [el cual nó produce fruto alguno, y es árbol silvestre y solo dá unas flores blancas á su tiempo; y conforme al sitio juzgo que es un tronco antiguo que hoy persevera en la falda del cerro, á cuyo pié pasa una vereda por donde se sube á la cumbre por la banda del Oriente, que tiene el manantial de agua de alumbre de frente: y aquí fué sin duda el lugar en que se hizo la pintura milagrosa de la bendita Imágen;] porque humillado el indio en la presencia de la Virgen María, le mostró las rosas que habia cortado; y cogiéndolas todas juntas la misma Señora y aparándolas el indio en su manta se las volvió á verter en el regazo de ella, y le dijo: «Ves aquí la

señal que has de llevar al Obispo y le dirás, que por señas de estas rosas haga lo que le ordeno; y ten cuidado hijo con esto que te digo; y advierte que hago confianza de tí. No muestres á persona alguna en el camino lo que llevas, ni despliegues tu capa, sino en presencia del Obispo, y dile lo que te mandé hacer ahora, y con esto le pondrás ánimo para que ponga por obra mi templo.» Y dicho esto, le despidió la Virgen María. Quedó el indio muy alegre con la señal, porque entendió que tendría buen suceso, y surtiría efecto su embajada; y trayendo con gran tiento las rosas, sin soltar alguna, las venia mirando de rato en rato, gustando de su fragancia y hermosura.»

84. «Llegó Juan Diego con su postrer mensaje al palacio episcopal; y habiendo rogado á varios sirvientes del Señor Obispo que le avisasen, no lo pudo conseguir por mucho espacio de tiempo, hasta que fastidiados de sus importunaciones, advirtieron que abarcaba en su manta alguna cosa; quisieron registrarla, y aunque resistió lo posible á su cortedad, con todo le hicieron descubrir con alguna escasez lo que llevaba: viendo que eran rosas, intentaron cojer algunas viéndolas tan hermosas, y al aplicar las manos por tres veces, les pareció que no eran verdaderas, sino pintadas ó tejidas con arte en la manta. Dieron los criados noticia de todo al Señor Obispo; y habiendo entrado el indio á su presencia y dádole su mensaje, añadió que llevaba las señas que le habia mandado pedir á la Señora que lo enviaba: y desplegando su manta, cayeron del regazo de ella en el suelo las rosas, y se vió en ella pintada la imágen de María Santísima como se ve el dia de hoy. Admirado el Sr. Obispo del prodigio de las rosas frescas, olorosas y

con rocío, como recién cortadas siendo el tiempo mas riguroso del invierno en este clima; y (lo que es mas) de la Santa Imágen que pareció pintada en la maná, habiéndola venerado como cosa celestial y todos los de su familia que se hallaban presentes, le desató al indio el nudo de la manta, que tenia atrás en el cerebro, y la llevó á su oratorio, y colocada con decencia la imágen dió las gracias á nuestro Señor y á su gloriosa Madre.»

85. «Detuvo aquel dia el Sr. Obispo á Juan Diego en su palacio, haciéndole agasajo; y el dia siguiente le ordenó que fuese en su compañía y le señalase el sitio en que mandaba la Virgen Santísima María que se le edificase templo. Llegados al parage señaló el sitio y sitios en que habia visto y hablado las cuatro veces con la Madre de Dios; y pidió licencia para ir á ver á su tio Juan Bernardino, á quien habia dejado enfermo; y habiéndola obtenido, envió el Sr. Obispo algunos de su familia con él, ordenándoles que si hallasen sano al enfermo lo llevasen á su presencia.»

86. «Viendo Juan Bernardino á su sobrino acompañado de españoles y la honra que le hacian cuando llegó á su casa, le preguntó la causa de aquella novedad; y habiéndole referido todo el progreso de sus mensajes al Sr. Obispo y cómo la Virgen Santísima le habia asegurado de su mejoría; y habiéndole preguntado la hora y momento en que se le habia dicho que estaba libre del accidente que padecia, afirmó Juan Bernardino, que en aquella misma hora y punto habia visto á la misma Señora en la forma que le habia dicho, y que le habia dado entera salud y que le dijo «cómo era gusto suyo que se le edificase un templo en el lugar que su sobrino la habia visto; y así mismo que su Ima-

gen se llamase Santa María de Guadalupe: no dijo la causa; y habiéndole entendido los criados del Sr. Obispo llevaron á los dos indios á su presencia: y habiendo sido examinado acerca de su enfermedad, y el modo con que habia cobrado salud, y qué forma tenia la Señora que se la habia dado; averiguada la verdad, llevó el Sr. Obispo á su palacio á los dos indios á la ciudad de México.»

87. «Ya se habia difundido por todo el lugar la fama del milagro, y acudian los vecinos de la ciudad al palacio episcopal á venerar la imagen. Viendo, pues, el concurso grande del pueblo, llevó el Sr. Obispo la Imágen Santa á la Iglesia mayor, y la puso en el altar donde todos la gozasen, y donde estuvo mientras se le edificó una hermita en el lugar que habia señalado el indio, en que se colocó despues con procesion y fiesta muy solemne. «El motivo que tuvo la Virgen para que su imagen se llamase de Guadalupe no lo dijo; y así no se sabe hasta que Dios sea servido de declarar este misterio.»

88. A propósito de las anteriores copias, es indispensable informar desde luego á Mr. N., que la relacion que se acaba de trascribir está sacada por D. Luis Becerra Tanco para su obra intitulada: «*Felicidad de México*» de los monumentos y pinturas historiales que interpretó, de las tradiciones que recogió y de un cuaderno que el mismo Becerra Tanco vió en poder de D. Fernando de Alva Ixtlilxochitl, infante real de Texcoco, escrito por D. Juan Antonio Valeriano, ó como es comunmente conocido D. Antonio Valeriano. A reserva de dar á Mr. N. mas amplias noticias, si las desea, sobre estas tres personas, y sobre otros historiadores de la Aparicion, le hacemos saber desde ahora algunas relati-

vas á D. Luis Becerra Tanco. Murió este historiador el año de 1672 segun las *Memorias Históricas de la Congregacion del Oratorio de México* (p. 1<sup>a</sup> lib. 4 cap. 12) despues de haber sido en su juventud como el mismo Tanco dice, Lector de lengua mexicana, examinador sinodal de ella; y durante 32 años, en edad mas adelantada, cura beneficiado de diversos partidos. Como entró á la V. Union de la Congregacion del Oratorio de México en 1659, [segun las memorias citadas] seguramente que no tenia á su muerte menos de setenta años, y que por tanto ha de haber nacido cuando mas tarde, por el de 1602, alcanzando segun él dice, á tratar á su tío materno el Presb. D. Gaspar de Prabez, muerto en 1,628, de edad de 80 años. Este Prabez, conforme refirió á su sobrino, habia oido la tradicion á D. Antonio Valeriano y trató tambien á D. Fernando de Alva Ixtlilxochitl, en cuyo poder vió el repetido Tanco el manuscrito que copió para su historia; siendo de notar que el citado D. Fernando, segun el P. Florencia [*Estrella del Norte*, cap. 13, núm. 160, § VIII] nació por los años de 1569 y murió de mas de ochenta, de 1649 en adelante.

89. De todo lo dicho inferirá Mr. N. que aparte de otras cualidades que abonan á las personas citadas por Becerra Tanco, su edad y el tiempo en que vivieron, hablan muy alto para recomendar sus informes: pues si D. Fernando de Alva y D. Gaspar de Prabez nacieron el primero por el año de 1569 y el segundo por el año de 1551, ¿en qué fecha naceria D. Antonio Valeriano, de quien recibieron la tradicion los dos nombrados? Seguramente en fecha que hiciese que ya pudiera tener edad para saber y entender las cosas, cuando aconteció la Aparicion, y que años adelante pudiese

igualmente tratar con el Illmo. Zumárraga, con Juan Diego, con Juan Bernardino, y con los familiares del Obispo. En otra vez precisaremos la edad de Valeriano.

90. Ahora bien, para que Mr. N. se forme una justa idea del autor de que venimos tratando, vea lo que el citado autor dice á fin de presentar la historia como aceptable por todo hombre de recto juicio y de corazon bien formado, exento de preocupaciones. «Por ser necesario dar bastante razon de como sé lo que afirmo y certifico en este mi escrito (y no con ánimo de engrandecer mi tenuidad), digo: que las noticias que tengo de las tradiciones de los naturales, traen origen de que desde mi niñez entendí y hablé con propiedad la lengua mexicana, por haberme criado entre ellos fuera de esta ciudad y haberme perfeccionado en su inteligencia con el arte y con el ejercicio de ministro de doctrina por treinta y dos años con título de cura beneficiado por su Magestad, de diversos partidos de este Arzobispado; y haber comunicado indios hábiles y provecos y conferido con ministros antiguos las cosas del gentilismo; y porque en mi juventud fuí señalado por lector de lengua mexicana en esta real Universidad, antes que hubiese en ella cátedra, á pedimento de muchos estudiantes, por el rector de dicha Universidad, y siéndolo el Illmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Nicolás de la Torre, Obispo que fué de Santiago de Cuba; en cuya consecuencia he sido examinador sinodal de dicha lengua por nombramiento de los Illmos. Sres. Lic. D. Francisco Manzo y Zúñiga, Dr. D. Mateo Saga de Bugueyro y D. Fr. Marcos Ramirez de Prado, arzobispo de esta metrópoli; y porque con muchos desvelos llegué á entender el cómputo de los siglos que usa-

ban los indios en su antigüedad, con sus ruedas, números, pinturas y caracteres, en que se contienen sus historias.»

91. Con lo expuesto dejamos contestadas las preguntas de Mr. N., y explicado lo que significan frases como las siguientes: «Imágen Prodigiosa.» «Divina Imágen» «La Imágen de Nuestra Señora de Guadalupe no es invencion de humano artífice.» «Argumento que persuade que es sobre natural esta pintura etc. etc.» ¿Querría Mr. N., todavía que le trascribiésemos mas detallada la historia; que le presentásemos todo el cúmulo de monumentos históricos; que fuésemos haciendo pasar por su vista, uno á uno, los numerosos documentos de que solo hemos hecho indicaciones? Si así es, no tiene mas que decírnoslo y lo haremos de la mejor voluntad, porque estamos en posesion de una verdad y ni, aunque quisieramos, podriamos ser egoistas: la verdad de suyo es comunicativa, y hemos llegado á tener por Mr. N. sentimientos ó afectos que hacen muy agradable la prestacion de todo género de servicios. Hasta aquí el segundo escrito dejado á Mr. N., en su alojamiento.

## V.

*Otra entrevista con Mr. N.—Dificultades y explicaciones sobre la Aparicion y otros puntos generales de religion.*

92. Al dejar á Mr. N. en su alojamiento el anterior escrito, comprendimos que tenia alimento reducido en volumen, para ser tomado en una sola vez; pero muy fuerte para ser digerido en poco tiempo. Así es que no se nos hizo demasiado de-

jar pasar los quince dias que habia dejado trascurrir antes Mr. N., para ir á vernos y conferenciar con nosotros. Al caer, pues de una tarde, y cumplido el plazo que nos propusimos, nos dirigimos al alojamiento de Mr. N., teniendo la buena fortuna de encontrale. Excusado es decir la amabilidad con que nos recibió un hombre de perfecta educacion y excelente carácter, que si bien no habria podido descubrir en nosotros otras cualidades que le hiciesen agradable nuestro trato, era difícil que se le ocultara la simpatía que nos inspiraba, é interesado se hallaba, como ya se ha ido dejando conocer, en el asunto ordinario de nuestras conferencias. Despues del saludo y generales expresiones de costumbre, fuimos Mr. N., y nosotros á ocupar dos sillones, y nuestra conversacion empezó desde luego el asunto de la siguiente manera.

Nosotros.—Bien, Mr. N.; vd. ha tenido tiempo no solo de leer, que esto lo habrá hecho vd. en muy pocas horas, aunque haya vd. leído y releído y vuelto á leer, sino que tambien ha tenido tiempo de meditar y reflexionar: vengan pues ya, la demanda de explicaciones y las objeciones, si acaso necesita vd. de las unas y tiene vd. las otras: recuerde vd. que me prometió ser muy franco, y no creo que experimentará vd. embarazo alguno, temiendo mortificarme con las unas ó con las otras.

Mr. N.—¡Oh Mr. X! [así comenzó por llamarnos dándonos nuestro nombre de familia ó sea apellido, y ya no el tratamiento de Señor, que antes siempre nos habia dado]: lo que es embarazo para pedir explicaciones y exponer objeciones, verdaderamente no lo tengo, porque creo que nos hemos inspirado mutua confianza, pero vamos á discutir, y si á vd. le parece y tiene la bondad de